

HISTORIA, REALIDAD Y SITUACIÓN DE ESPAÑA

HISTORIA DE ESPAÑA (S. XV A S. XXI). LOS ORÍGENES DE NUESTRA SITUACIÓN.

La construcción de España como país surge a partir de un proceso lento y progresivo puede situarse desde finales del siglo XV, con la unión de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón (1479) y la conquista del Reino de Granada (1492), culminando en el siglo XVIII, con la Guerra de Sucesión (1701-1714) y el ascenso al poder de los Borbones (1714).

Durante el periodo que comprende este proceso, el territorio que hoy comprende España estaba formado por una serie de reinos feudales, siendo los más importantes la Corona de Castilla y la Corona de Aragón. Estaban bajo el mando de una monarquía absolutista, pero tenían diferentes leyes, fueros y aduanas. Esta forma descentralizada de poder se da mientras el territorio está bajo la monarquía de la Casa de Austria (o de Habsburgo).

Estos reinos permanecen como sociedades netamente feudales debido al gran poder que acumuló la aristocracia en ellos. Esto principalmente es debido al desarrollo de una economía rentista muy exitosa centrada casi exclusivamente en financiar las guerras dinásticas de la realeza (la cúspide de la aristocracia) en su lucha de clases "exterior" para el control feudal de Europa contra sus principales rivales y a la vez sustentar el apaciguamiento de la lucha de clases interna entre las capas superiores de la aristocracia (para evitar su apoyo a revueltas, la aparición de pretendientes al trono o conspiraciones con monarquías extranjeras) mediante la creación y subvención de una costosísima vida cortesana en Madrid. Para ello hace falta un flujo importante de dinero y productos de lujo, así como el sofoco militar interno de revueltas regionales interclásistas constantes contra estas mismas políticas, fundamentalmente por la enorme presión económica que ejercen sobre la burguesía y el campesinado y por el "agravio comparativo" que a veces supone a una parte de la aristocracia menor, que ve amenazados sus privilegios en detrimento de los de la gran aristocracia. Los ejemplos más notables serán la Revuelta de los Comuneros en Castilla y de las "Germanías" en Valencia (1520), las Alteraciones de Aragón (1590) o la "Guerra dels Segadors" (1640), aunque habrá muchas otras. En definitiva, esta política para el reforzamiento de la autoridad feudal y monárquica supondrá el "despilfarro" de las rentas, que no se reinvierten en una mejora progresiva del tejido productivo del país. Esto, junto a las derrotas en las revueltas, deja a la naciente burguesía en un grado de desarrollo insuficiente como para disputar ese poder, al contrario de lo que sucederá en países como Holanda o Inglaterra".

El auge del imperio español.

Con la expansión hacia el continente americano y otros territorios de África, Oceanía y Asia se forma el imperio español (Figura 1), que se convierte en un imperio mercantilista feudal con relaciones de dominio (de la metrópolis) sobre sus colonias. En las colonias conviven las formas feudales (servidumbre) con formas de esclavitud, siendo las primeras para los lugareños y las segundas para los africanos llevados allí.



Figura 1. Extensión del Imperio Español en el siglo XVI.

Este tipo de colonialismo feudal es distinto y menos eficiente que el colonialismo capitalista que tomará cuerpo entre las potencias europeas hacia la segunda mitad del siglo XIX. En las colonias de un imperio colonial mercantil de tipo feudal, a diferencia de los imperios coloniales capitalistas, se extraen principalmente oro, plata y piedras preciosas, y se fomentan las plantaciones de mercancías de lujo (tabaco, cacao, azúcar, especias, tinturas...) ya que se trata de productos con un alto valor en el reducido pero creciente mercado feudal europeo y de gran importancia para la liquidez del tesoro de la monarquía, que necesitaba ese flujo constante para sufragar sus numerosos gastos. No tenía sentido el fomento de la extracción de otro tipo de mercancías o recursos más básicos para su exportación, como hoy en día sí sucede, como alimentos masivos y baratos, manufactura simple o materias primas para el abastecimiento de la industria porque no existía necesidad aún para ello. En las limitaciones logísticas del modo de producción feudal era demasiado ineficiente y costoso trasladar alimentos en barco por el Atlántico, que se pudrirían durante el viaje, o hacer llegar madera desde el Amazonas o hierro de los Andes cuando ya se disponía de estos en la propia península y otras regiones más cercanas.

Así pues, la aristocracia feudal consolida su poder y mantiene el control efectivo sobre las grandes cadenas de comercio y transporte mediante el monopolio mercantil forzando su tránsito a través de los puertos de Sevilla primero, y de Cádiz después. Junto al fomento ideológico de un estilo de vida rentista que también permea entre una parte importante de las capas burguesas, este reforzamiento del feudalismo limita las posibilidades de desarrollo de la burguesía mercantil y productiva y de sus formas de producción capitalistas en el territorio peninsular y alarga la vida del feudalismo como sistema imperante hasta la primera mitad del siglo XX. Esta se mantendrá relativamente débil en comparación a la de otros países de Europa, especialmente Inglaterra, donde la transición al capitalismo desarrollado ocurre en el siglo XIX.

La Casa de los Borbones, después de la victoria en la Guerra de Sucesión, comienza un periodo de reestructuración del Estado feudal, con progresiva centralización de los reinos del imperio español, un fortalecimiento del poder absolutista, etc. Con ello, van fortaleciendo también a la burguesía que iba surgiendo, sobre todo a los comerciantes y banqueros, que eran más útiles para los reyes de un imperio que los aristócratas y terratenientes. Pero el expolio a América es tan fructífero que permite a la aristocracia española seguir adormecida y rentista hasta prácticamente el siglo XIX. En Europa, como contraste, la aristocracia apuesta por el absolutismo ilustrado como forma de no perder poder frente a la burguesía. Incluso, en Reino Unido, tras varias intentonas revolucionarias por parte de la burguesía y una Revolución Industrial completa, decide rendirse y compartir el poder con la burguesía. En Reino Unido, el capitalismo mercantil favoreció la acumulación originaria del capital, y se convierte en la primera y única potencia imperialista durante segunda mitad del siglo XIX.

En España, la lucha de clases entre la aristocracia feudal y la burguesía por repartirse el poder se da por formas feudales, es decir, por golpes de Estado de generales, que favorecen más al ala liberal-capitalista (Prim, Serrano, Riego, etc.) o la monárquica-feudal (Martínez-Campos, entre otros), así como por guerras entre ambos bandos como las guerras carlistas. Sin embargo, sus intentos de revolución liberal-burguesa quedan ahogados o abortados. Dos ejemplos notorios son, por un lado, la Guerra de Independencia Española (1808-1814) tras la invasión por parte de Francia, que formó el primer régimen liberal en España, tras las Cortes de Cádiz y su Constitución, que duró 3 años; y por otro lado, el proceso que se equipara a la Revolución Francia, la Revolución Gloriosa de 1868 supone la instauración de un régimen, primero monárquico parlamentario y posteriormente republicano, de 6 años. Ambos regímenes fueron inestables y les sucedió la restauración del régimen absolutista borbónico. Otros proyectos modernizadores se pueden encontrar en los procesos de desamortización de la tierra (Mendizábal, 1836; Espartero, 1841; Madoz, 1854), es decir, expropiación y liberalización principalmente de las tierras del mayor terrateniente en España, la Iglesia Católica. Sin embargo, no tuvieron el impacto esperado, siendo revertidas en ocasiones o reforzando el latifundismo en algunas zonas.

Como conclusión, el capitalismo español se queda atrás por el éxito del feudalismo español, por la riqueza del imperio español, a pesar de tener una monarquía y una aristocracia anticuada, mal organizada, ineficiente, improductiva y rentista; pero estable frente a la burguesía. En el siglo XIX, España entró en la edad contemporánea como un antiguo imperio agotado y convulso. La monarquía española, primero con los Austrias y luego con los Borbones, había encarnado el proyecto de uno de los primeros imperios de la etapa moderna, de base feudal y mercantilista que tocaba a su fin, pero que no terminaba de morir.

Crisis del imperio español.

Es por ello que España quedará atrás en la construcción de su proyecto imperialista con respecto a otros países europeos. Durante el siglo XIX el imperio español se resquebraja, primero con la independencia del grueso de los territorios iberoamericanos y finalmente con la pérdida de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam en 1898. Estas guerras de liberación nacional son dirigidas

por la burguesía criolla y terratenientes feudales criollos que sienten encima de ellos la opresión de una monarquía anticuada, de la que se quieren librar para desarrollar, aunque sea inconscientemente, el capitalismo en las colonias. Toman como referente la Guerra de Independencia de EEUU o la Revolución Francesa, y en ellas también hacen presencia los programas igualitarios contra el sistema de castas que el imperio español había impuesto para sostener el imperio y que estaban anticuados incluso para el feudalismo (esclavismo). Sin embargo, la mayoría de estas colonias pasarían de tener una relación de dominación imperial feudal por parte del imperio español a una relación colonial o semicolonial por otras potencias imperialistas como EEUU, Reino Unido, Alemania y Francia. El “Desastre del 98” fue un ejemplo de cómo las nuevas potencias capitalistas presionaban a sangre y fuego para ampliar el área de influencia donde poder exportar sus capitales en la acelerada carrera de rapiña que supuso la aparición del capitalismo.

Durante las primeras décadas del siglo XX, los distintos gobiernos del decadente imperio intentaron salvaguardar los restos del imperialismo español en el norte de Marruecos, el Rif. Esto se realizó a costa del agotamiento económico, el descrédito político y el reclutamiento forzoso de reservistas pertenecientes a la clase obrera, provocando eventuales levantamientos populares como el de la Semana Trágica de Barcelona.

España seguía teniendo una base feudal en su economía (economía agraria, mano de obra analfabeta y redes logísticas o comunicaciones atrasadas), salvo en algunos reductos con mayor industrialización (Figura 2). Por sectores industriales, encontramos industria textil, especialmente en Catalunya (concretamente Barcelona), y en menor medida en Málaga y Sevilla; metalurgia en País Vasco, Asturias y Málaga; y minería esparcida por Andalucía, en la cordillera cantábrica (Asturias, Cantabria, León, Burgos, País Vasco) y Teruel. Por otro lado, resaltaban Valencia, Madrid, Barcelona, Sevilla, Zaragoza, Málaga y Vizcaya como los grandes centros de consumo.



Figura 2. Principales focos industriales en la España del siglo XIX¹

A diferencia de imperios como el otomano o el chino, el imperio español se escapa de los intentos de conquistarlo o convertirlo dependiente, a pesar de la crisis causada por la pérdida de las colonias mercantilistas y la inestabilidad política del siglo XIX. Para ello, en los inicios del siglo XX, hay una serie de gobiernos autocráticos, como la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930), que apuestan por la construcción de un proyecto imperialista. El imperialismo ofrecía a España una solución de compromiso en la batalla entre los señores feudales-aristócratas y la burguesía. De esta forma apartan sus diferencias y ponen encima de la mesa un programa imperialista, por el que se transforma progresivamente a la aristocracia feudal en burguesía, se fundan monopolios estatales (petrolífero, telefónico, confederaciones hidrográficas, etc.), se implementa una política proteccionista de la producción nacional, se impulsa la construcción de carreteras, ferrocarriles y obras hidráulicas.

De todo este contexto se puede explicar el carácter y principal rasgo del imperialismo español, su atraso en aquel momento y sus importantes restos feudales. Vemos una construcción nacional fuertemente contradictoria, fruto del desigual desarrollo del proceso de construcción

¹ Imagen elaborada por y disponible en <https://escholarium.educarex.es/coursePlayer/clases2.php?idclase=2797831&idcurso=50209>

nacional, coexistiendo y oprimiendo a las naciones periféricas, cuyas burguesías estaban comenzando a construir proyectos políticos propios. Por otro lado, es destacable el peso político de la Iglesia Católica (sobre todo sobre la derecha parlamentaria) que tiene un componente feudal fuerte, a diferencia de en otros países europeos o EEUU, con un mayor peso de la Iglesia Protestante, que tiene una base más burguesa. Asimismo, se observa una dependencia extrema respecto a la intervención del Estado para el sostenimiento de los monopolios y el entramado económico, intervención que destaca por su volumen. Desde que Primo de Rivera funda los primeros de monopolios estatales, esta relación de dependencia (fundación, financiación, sostenimiento y dirección) se va a mantener en las próximas décadas, por las diferentes formas de régimen e independientemente del color del gobierno hasta el año 80 del siglo XX.

II República, guerra y franquismo.

Volviendo al primer tercio del siglo XX, la bancarrota en la credibilidad (debido a la corrupción, las condiciones de vida pésimas) y el estancamiento de la España cacique y atrasada, llevada a cabo por estos gobiernos entre la aristocracia y la burguesía (en forma de monarquía o dictadura), lleva al hartazgo de las masas, que traen consigo a la II República. Un proyecto que nace abortado desde un inicio, ya que, entrados en la época imperialista, una revolución democrático-burguesa ya no podía ser completa sin romper con el capitalismo, puesto que la burguesía liberal en la fase imperialista tenía demasiado interés por asegurar su acumulación de capital frente a competidores extranjeros para evitar caer en la dependencia. Esto llevaba a la burguesía liberal inevitablemente a acabar conciliando con la aristocracia feudal, que iban formándose como una nueva capa: la oligarquía financiera. La II República nacía con fuertes contradicciones: un Estado imperialista profundamente pobre, la promesa de una revolución democrática que no llegaba, un gran tumulto interno con movilización de masas.

Es por ello, que los gobiernos republicanos, incluso los progresistas, hasta la llegada del Frente Popular, no dudaban en reprimir con dureza el descontrol que le suponían los levantamientos y protestas obreras mientras mostraban mayor suavidad con los boicots y conspiraciones de la aristocracia y el resto de los sectores reaccionarios. En lo económico, las políticas de la II República se basaron en la consolidación y la expansión de los monopolios del Estado.

Con todo, la construcción imperialista de España nacía con retraso y claros signos de debilidad marcados por los persistentes posos de semifeudalidad, el escaso desarrollo de las fuerzas productivas respecto a Europa y unos dominios imperialistas limitados o en retroceso. A eso se añadían las frecuentes protestas y movilizaciones de los trabajadores del campo y la ciudad, con gran influencia de la experiencia bolchevique y las ideas anarquistas, que veían como sus condiciones de miseria se mantenían frente a la pasividad y los titubeos de la República. La suma de estos factores generaba especial preocupación entre los elementos más reaccionarios, que veían difícil construir un proyecto imperialista sólido con una democracia burguesa tan atravesada por la conflictividad social, y que temían perder parte de sus privilegios en el proceso gradual de absorción de la aristocracia para ser parte de la burguesía que se estaba dando en toda Europa. Esta inestabilidad se demostró con la insurrección de Octubre del 34, donde las masas obreras demostraron su voluntad de luchar. Sin embargo, también se demostró la

debilidad subjetiva del proletariado, la división entre proletarios y campesinos, y el carácter oportunista del PSOE, que solo quería usar la insurrección como órdago para negar la entrada al gobierno del sector más reaccionario del parlamento (la CEDA).

Debido a los condicionantes internos (gran tumulto de las masas, dura represión al movimiento obrero) y externos (tendencia generalizada internacional a la fascistificación de la burguesía), el PCE se adelanta y plantea la formación de un Frente Popular a la ofensiva, la formación y unificación de las milicias populares en el Ejército Popular, y se convierte en el partido dirigente de la Guerra Popular Antifascista tras el Golpe de Estado de 1936. Los imperialistas y las clases reaccionarias rompieron con el Gobierno de la República para alinearse con el futuro Estado fascista, constituyéndose durante la guerra dos Estados en pugna: la España reaccionaria de la zona fascista, y la España popular y republicana. Aunque el papel del PCE no fue el de participar en una guerra civil de defensa del gobierno anterior republicano, sino en una guerra popular antifascista que empezaría una revolución democrática, que posteriormente enlazaría con una revolución socialista. Sin embargo, después de 3 años, el bando republicano pierde de guerra.

Tras la guerra, el destruido monopolismo español vuelve a la casilla de salida y parcialmente dependiente de potencias extranjeras. Sin embargo, bajo la dictadura de Franco (1939-1975) existe una voluntad y una capacidad intelectual y técnica para superar este recodo, como lo hizo Alemania en la posguerra. Esta reconstrucción del imperialismo español se realiza en dos fases. La primera fase, con la Falange (de carácter fascista) con mayor peso en el gobierno, se basa en un modelo de autarquía, como repetición en farsa del modelo de Primo de Rivera (padre). En este periodo tiene gran peso el carácter ideológico de los falangistas. Uno de los principales proyectos es la fundación del Instituto Nacional de Industria (INI), una corporación del Estado que sigue el modelo fascista, dirigida por la burguesía burocrática Estatal y atando a su alrededor a la aristocracia obrera mediante los Sindicatos Verticales, y cuyo objetivo político era atender las necesidades de la defensa nacional. Desde el INI se reconstruyen los monopolios desde el Estado, formando grandes empresas como SEAT, ENDESA y ENSIDESA, e integrando y rescatando a otras empresas de origen privado como Iberia, Hunosa y Altos Hornos del Mediterráneo. Es en este periodo cuando el país empieza a superar los restos de feudalidad, tecnificando el campo y con un gran éxodo rural. Esto se hace por la vía pacífica, incorporando lentamente a la aristocracia a los negocios burgueses: los dueños de las tierras eran los antiguos terratenientes feudales, operando ahora como burgueses rentistas, como, por ejemplo, la Casa de Alba.

Sin embargo, la autarquía resultaba un modelo muy ineficiente y excesivamente ideológico para los intereses oligarquía financiera y los monopolios (por ejemplo, el carácter falangista dificultaba las relaciones internacionales con las democracias europeas). Es por ello que impulsan el cambio de carácter del gobierno, poniendo al mando al Opus Dei, una orden religiosa católica ligada y dirigida por la gran burguesía española, en la fase conocida como el desarrollismo. El gobierno formado perdió su dirección más ideológica, poniendo al frente a la "tecnocracia". La política del desarrollismo se basó en mejorar la presencia y reconocimiento internacional de España; captar capital extranjero para, entre otras cosas, financiar el INI (por

ejemplo, las inversiones de FIAT en SEAT); entrar en los circuitos económicos internacionales; y modernizar la economía española.

Estas dinámicas de intervención del Estado para mantener y sostener los monopolios continúan hasta la muerte de Franco e incluso durante la transición. Este modelo, el modelo keynesiano, es general en todas las potencias imperialistas, que desde la Segunda Guerra Mundial hasta los años 80 basan la paz social y el desarrollo de los monopolios en la reproducción ampliada del capital con una reinversión muy importante en el propio aparato productivo de origen, ligado al relativamente alto poder adquisitivo de una capa de la clase obrera.

Transición y régimen del 78.

En 1978 llega la segunda crisis del petróleo, que hunde el modelo keynesiano debido al disparo de los precios del combustible y los problemas de abastecimiento derivados de ello. En este momento sale a la luz el fenómeno de la sobrecapacidad a nivel productivo (sobreacumulación de capital fijo, de medios de producción) en los países imperialistas. El modelo también entra en quiebra por el surgimiento de nuevas realidades: por ejemplo, la contracción de una URSS cada vez más estancada y esclerotizada provoca que sus social-colonias empiezan a pedir préstamos a países occidentales, lo cual incrementa el capital especulativo en detrimento del capital productivo.

Con esta crisis llega un cambio en las dinámicas de las potencias imperialistas de primer y segundo orden. Se impulsan deslocalizaciones generales, liquidación de medios de producción, un empujón muy grande a la exportación de capitales a países dominados para modernizar medios de producción e infraestructuras, agudización de la división internacional del trabajo, aumento del carácter rentista, especulativo y parasitario del capital, etc. La tendencia del capital monopolista internacional es, pues, a migrar a un rentismo mayor, una mayor exportación de capitales y vivir de producción deslocalizada. Solo se dejan en origen el mínimo necesario de operaciones productivas con un alto valor añadido o que requieren operaciones muy delicadas. El capital busca otras vías de inversión, porque el sector productivo es un monstruo enorme y difícil de alimentar (disminución de la tasa de ganancia, aumento del capital fijo a invertir), y que en cada sacudida económica produce grandes pérdidas. Por lo tanto, ante la crisis del modelo keynesiano, viene un periodo comúnmente conocido como periodo neoliberal.

A nivel internacional, este período está liderado por Margaret Thatcher y Ronald Reagan, aunque gobiernos de todo color implementan las mismas medidas, que vienen a responder a las necesidades del desarrollo imperialista, tal y como se ha explicado más arriba. A nivel europeo, por ejemplo, esto supone un proceso de fuerte deterioro de los servicios y prestaciones públicas y, por lo tanto, comienza el declive de lo que se había construido en algunos países: los Estados del bienestar. En España la construcción de este Estado del bienestar se construye con desfase y sólo durante principios y mediados de los años 80, con la primera legislatura de Felipe González (PSOE). Inmediatamente después, desde finales de los años 80 hasta inicios de los 90, de la mano del mismo presidente, se empiezan a aplicar medidas

neoliberales y comienza el desmantelamiento del Estado de bienestar, con privatizaciones, reformas laborales y la Reconversión Industrial.

En relación con este proceso, en España se van a dar dos procesos importantes en sus relaciones internacionales que influirán en el modelo económico, ambos en 1986. Bajo el gobierno de Felipe González, España entra en la Unión Europea y firma su permanencia en la OTAN.

Respecto a la entrada en la UE, el imperialismo español renuncia voluntariamente a su autonomía competitiva y capacidad de producción para ganar presencia en la rapiña internacional de la mano de la UE. Parte de los medios de producción se destruyen, se liquida al Estado como propietario directo de muchos medios de producción. Pero el capital se fortalece cambiando a una forma más especulativa y rentista, para entrar de lleno en el capital financiero internacional, ligado a multinacionales extranjeras. Una consecuencia característica de este proceso es la Reconversión Industrial, en la que se desmantelaría gran parte de la industria pesada fruto de los años del INI (HUNOSA, ENSIDESA, Altos Hornos del Mediterráneo, Altos Hornos de Vizcaya, artilleros varios), convirtiendo algunas industrias en plantas de multinacionales extranjeras (de MACOSA a Vossloh y a Stadler Rail; de Altos Hornos del Mediterráneo a Arcelor y ArcelorMittal) y la privatización de algunas (SEAT, ENASA, Marsans, La Tratatántica). Esto deja una red productiva, con grandes grupos, derivados de los históricos monopolios españoles que actualmente están ligados a monopolios europeos, con cierta dominación. Pero esta dominación no lo es en el mismo grado que una semicolonias, debido a la red productiva, la tecnificación y la capacidad que han dejado los monopolios estatales (dirección de negocios propia, capacidad de cerrar acuerdos competitivos a nivel internacional, de competir con el monopolio matriz, con una red de ingenieros, dirección técnica, modelos propios, diseños propios), aunque cojan inversión y tecnología de fuera.

La entrada en la OTAN era otro requisito que la oligarquía financiera precisaba para la consolidación del proyecto imperialista, para contar con apoyos militares internacionales, modernizar el ejército y aumentar el número de recursos destinados a las fuerzas militares, ligado a la entrada de España en el club de potencias que instigan y se benefician de las guerras de rapiña.

Ni la entrada en la UE ni la entrada en la OTAN supone una condición de subyugación de España sobre otras potencias. Ambas resultaron una apuesta de la oligarquía financiera para tener mayores ganancias y ratificar el proyecto imperialista, para lo que era necesario modernizar la estructura productiva y el aparato militar. En este sentido, sí que hay relaciones de subordinación voluntaria entre distintas potencias imperialistas, pero son beneficiosas mutuamente para sus oligarquías financieras. Un ejemplo es el uso de recursos del imperialismo yanqui en territorio español (construcción de bases militares) a cambio de bonos económicos para el desarrollo de la oligarquía española. De hecho, esta política respecto a Estados Unidos, fue de vital importancia para la consolidación de España como potencia imperialista de segundo orden.

Siglo XXI.

Ya en el siglo XXI, el gobierno de Aznar profundiza la política de privatizaciones de grandes empresas públicas (Telefónica, Red Eléctrica, Gas Natural, Tabacalera, Repsol, Indra, Iberia), de liberalización del suelo (profundizando el carácter especulativo del capital), permitió el capital privado en las cajas de ahorro, reformas fiscales, medidas contra la clase trabajadora y su organización etc. Estas políticas, pero, sobre todo, la participación proactiva en las guerras de rapiña (Irak y Afganistán) junto a la superpotencia yanqui, en vez de ser el actor secundario que había jugado hasta ahora, formaron parte del intento que tuvo la oligarquía financiera española de pasar a ser potencia imperialista de primer orden, pero toparon con una liga de potencias que ya ocupaban ese puesto (Alemania, Reino Unido, Japón, Francia), siendo difícil destronarlas.

Posteriormente, los gobiernos de Zapatero y Rajoy no modificaron la tendencia económica que se venía dando desde los años 80, aunque ésta ha sido agravada por la crisis capitalista de 2008, bajo la forma de mayores recortes en los servicios públicos, reformas laborales regresivas, etc. Por otro lado, ha surgido como novedad la cantidad y tipo de conexiones, redes logísticas, etc. (expansión de internet, empresas masivas de transporte a domicilio...) como forma de sacar adelante la mercancía excedente, al facilitarse el proceso de comercialización y facilita la venta rápida del producto. De la misma forma, surgen nuevas formas de precarización que copian viejas formas de explotación (trabajo a domicilio y teletrabajo, uberización de la economía, falsos autónomos...).

La crisis capitalista de 2008 tiene su expresión en España con el pinchazo de la burbuja inmobiliaria, en un contexto general de crisis del modelo neoliberal, de crédito barato y bajos tipos de interés. En definitiva, era de nuevo una crisis de sobreproducción, de sobrecapacidad y por la disminución de la tasa de ganancia. La crisis en España causó grandes bolsas de pobreza, un índice de paro por las nubes, la bajada del poder adquisitivo de la clase trabajadora y sus familias y asociado a todo esto un brutal ataque contra los servicios públicos y los derechos laborales y sociales. Era necesario destruir fuerzas productivas “sobrantes” e iniciar un nuevo ciclo de acumulación, y los capitalistas lo aprovecharon para ajustar por abajo las condiciones laborales y en general lanzar un ataque contra la clase trabajadora.

A la crisis económica le siguió una crisis política: se resintió la gobernabilidad (desconexión creciente entre las masas y los partidos políticos y parlamentos) y la unidad entre los distintos sectores burgueses, y la clase trabajadora y las masas protagonizaron un flujo en las movilizaciones y la organización en defensa de sus intereses (después de varios años de “paz social” desde las movilizaciones anti-globalización de finales de los 90). Fruto de esta crisis política surgen importantes movimientos como el 15M, como elemento politizador masivo y revulsivo en la política, distintas mareas que unían luchas sectoriales (verde, blanca, granate) y asociaciones como la PAH o STOP Desahucios.

Más tarde, esta “indignación” es recogida políticamente en gran medida por Podemos, como partido pequeñoburgués radical, que rompería con el bipartidismo imperante (entre la socialdemocracia del PSOE; y el conservadurismo-liberal del PP), aunque posteriormente quedaría como un partido socialdemócrata más, asimilado totalmente por el marco burgués. La indignación en las calles fue orientada a ilusiones electorales, lo cual supuso uno de los

elementos más importantes para un gran reflujo en los movimientos sociales, incluyendo los sindicatos mayoritarios (no se convoca una Huelga General desde 2012). De esta forma, Podemos significaría un proyecto desmovilizador, garante de cierta paz social, y por lo tanto, servil a los intereses de la oligarquía financiera, siendo su culmen la participación en el gobierno nacional desde 2019.

ESPAÑA COMO POTENCIA IMPERIALISTA DE SEGUNDO ORDEN.

España es una potencia imperialista de segundo orden, es decir, tiene una oligarquía financiera que se ha dotado de un aparato de Estado burocrático-militar moderno, con monopolios desarrollados, que exporta capitales, que puede participar en las guerras imperialistas de rapiña y que mantiene relaciones de dominación respecto a países, sobre todo, de América Latina, y en menor medida de África. Si bien, lo hace en una posición de relativa debilidad entre las demás potencias imperialistas, no solo por detrás de superpotencias como EEUU o aspirantes a serlo como China, sino también de potencias de primer orden como Alemania, Francia o Japón. España por su propia situación geográfica ha sido siempre un país de importancia estratégica para las diversas potencias. Es un país que pertenece geográficamente a Europa, que es puerta de entrada de África en Europa, que forma parte del área mediterránea y a su vez, conecta a través de la propia historia y el idioma con América Latina.

Dicho en otras palabras, el patrón de relaciones comerciales del capitalismo español tiene una doble dirección: la principal fuente de relaciones comerciales se realiza con los países pertenecientes a la Unión Europea donde España esta imbricada de una manera decisiva y tiene una posición política y económica subordinada a los países europeos dominantes: Francia, Alemania y hasta cierto punto Reino Unido (sobre todo el sector financiero), pero a su vez tiene mayor peso en la Unión Europea que los países del este de Europa. A su vez España es de gran importancia para favorecer las relaciones comerciales europeas con América Latina y África, y de hecho cuenta con importantes inversiones en esos continentes (esto lo podemos ver con las prácticas monopolistas y de usura del banco Santander, el Banco Sabadell o BBVA, así como la actividad de empresas como Repsol, Melia Hotels, NH Hotel Group, Telefónica o Acciona), y cierto dominio político sobre algunos de estos países. Esto determina el carácter dual de la formación capitalista española, con relaciones de dependencia con los principales países europeos y también con EEUU (presencia de bases de la OTAN y EEUU, compra de la deuda por otros países, pertenencia a estos países de empresas españolas, dependencia económica respecto a planes de desarrollo productivo por parte de centro Europa) y al mismo tiempo con relaciones de dominancia sobre algunos países africanos y latinoamericanos. Estos elementos configuran la posición de España en el sistema imperialista internacional y su carácter de potencia intermedia, es decir, de segundo orden.

En lo económico, España se configura como un Estado burgués desarrollado donde la contradicción principal reside entre los grandes capitalistas y el proletariado (que ha experimentado un crecimiento meteórico desde los 60 del pasado siglo) y donde en lo esencial

contamos con una economía de carácter monopolista sostenido por un abigarrado cóctel de pequeñas y medianas empresas. Como resultado de ser una potencia de segundo orden, la burguesía española, en su mayoría inserta en las redes monopolistas y situada en el campo de la oligarquía financiera, es más débil económicamente. Respecto a otras potencias imperialistas europeas, España tiene más pequeñas y medianas empresas y éstas son más importantes para la producción. En Alemania y Reino Unido las grandes empresas son 4 veces más numerosas en porcentaje que en España, y aportan casi el 50% del valor añadido total de la producción, mientras que en España no llegan a aportar el 40%. Aunque Francia también tiene una presencia de empresas pequeñas y medianas similar a España, su importancia para la economía es proporcionalmente menor.

La entrada de España en el sistema imperialista internacional en esta posición intermedia marca también su posición en la división internacional del trabajo. Como se ha explicado, desde los años 80 se ha ido perdiendo el peso de determinados sectores industriales (minería, siderurgia, naval, metalurgia) y también agricultura y ganadería, ganando peso las actividades de rentabilidad rápida pero volátiles como los servicios financieros, la construcción y el sector inmobiliario, el turismo y la hostelería. Además, no sólo se tiene una industria menos potente, sino también menor peso en el sector científico y tecnológico. Esta falta de fuerza también se traduce en que, dentro del sector industrial falta diversificación: hay una situación de hipertrofia de un solo subsector, la automoción. En este contexto, la importancia de sectores como la construcción, el sector inmobiliario y el turismo, ligadas al capital especulativo y rentista fomentan una corrupción estructural entre la administración y los monopolios, los pelotazos urbanísticos y la especulación.

Con este tipo de estructura, tras cada crisis económica del capitalismo la destrucción es más profunda y la recuperación es más lenta que en otras potencias imperialistas. Esta debilidad de la burguesía no la pagan los burgueses, que siguen en su burbuja y solo tienen que pegarse a las iniciativas de la oligarquía financiera alemana o estadounidense, a la vez que tratan de exprimir un poco más a países de África, Asia y América Latina. Por el contrario, se traduce en una situación de mayor precariedad para la clase trabajadora de España, con salarios más bajos con relación a los precios, trabajos más volátiles y unas tasas de desempleo ridículamente altas.

No solo es más difícil que la clase obrera se una y luche en empresas pequeñas o microempresas. Estas empresas pequeñas y microempresas, al tener un papel importante en la producción en su conjunto, también están más atadas a la oligarquía financiera y están “obligadas” a exprimir a sus trabajadores con más virulencia, porque los bancos y fondos de inversión van a ser más exigentes con sus condiciones a la hora de invertir en ellas en la medida en que se juegan más en este tipo de empresas altamente volátiles.

Esto se suma a que los monopolios pueden anular la competencia parcialmente, y todo junto lleva de manera natural al estancamiento económico, lo que hace difícil que los gobiernos de las potencias imperialistas tengan algo que repartir para calmar a la población, pues el margen de ganancia y, por tanto, las migajas que se pueden dejar caer, se hace más y más estrecho. Aunque lo primero que las potencias imperialistas intentan es exprimir a sus colonias y semicolonias,

llega un momento en que la lucha de los pueblos oprimidos de estos países dominados y los conflictos interimperialistas van haciendo que también esta fuente de riqueza se vaya agotando, o incluso se les vuelva en contra y provoque todavía más carestía entre la clase trabajadora de la metrópolis.

Además, las potencias imperialistas compran mercancías en un volumen proporcionalmente muy superior a las semicolonias donde se asientan gran parte de los procesos productivos, lo cual hace que nazcan enormes redes logísticas para trasladar esas mercancías. Esto, por un lado, continúa el ciclo de explotación en las potencias imperialistas y, por otro, todavía hace que el imperialismo sea más sensible a cualquier sacudida en la cadena, pues un problema en una parte del planeta llega rápidamente a todo el resto del mundo, como hemos visto con el COVID o con las crisis de desabastecimiento recientes (como con el caso del barco Ever Green atascado en el Canal de Suez, que paralizó gran parte del comercio mundial por un par de semanas).

La oligarquía financiera trata de tener más y más controlada a la población trabajadora de sus países, tanto haciéndola más productiva, como más vigilada políticamente. Dentro del trabajo se exprime a la plantilla, porque las operaciones que se quedan en las potencias imperialistas son habitualmente las más costosas y delicadas, en las que se juega mucho del beneficio final. Fuera del puesto de trabajo, la tendencia es a tratar de exprimirnos de nuevo, con un alza continua de precios a la que solo algunas plantillas pueden seguirle el ritmo con luchas por las subidas salariales.

Además, aunque se reduzca proporcionalmente la cantidad de gente que forma parte de la clase obrera productiva, quienes no forman parte de ella no es porque vayan a parar a las capas medias acomodadas de la pequeña burguesía o algunos empleados de cuello blanco. Por el contrario, pasan a ser trabajadores autónomos semiproletarios que se ven obligados a vender su trabajo por una auténtica miseria, o pequeñoburgueses pobres, porque cubren el hueco que ninguna empresa quiere asumir a un coste normal.

La tendencia natural en las potencias imperialistas a disminuir el peso relativo de trabajadores en el sector productivo, que es un resultado natural de que buena parte de nuestra burguesía y capas medias sean rentistas que pueden vivir de la explotación de semicolonias y colonias, se agrava en España al ser una potencia imperialista de segundo orden. Esto lo vemos continuamente cuando, en momentos de estancamiento agravado como el actual, los monopolios de otras potencias imperialistas se repliegan cerca de sus países de origen, donde son más fuertes, como Nissan a Japón o empresas proveedoras como Pilkington a Italia, dejando tras de sí despidos masivos en España.

Respecto a las características políticas y sociales, España cumple con las esperadas para un país burgués desarrollado. Esto es, el Estado burgués cumple la función de generar amplios consensos sociales en beneficio de la clase capitalista y resuelve los distintos conflictos sociales referenciándolos dentro de los marcos de la democracia representativa. Las fuerzas obreras y capas medias tienden a ser cooptadas y atraídas hacia acuerdos y consensos para que vayan integrándose de manera subordinada en el Estado capitalista, pero también reprimidas y

aisladas cuando confrontan con el poder burgués y no se avienen a los marcos normativos impuestos por la clase dominante. La clase trabajadora apenas tiene capacidad de negociar dentro de estos consensos, más allá de las reformas o mejoras que consiguen a través de lucha sindical, sectorial o democrática. El dominio de la violencia pertenece al Estado en monopolio y ese monopolio no es discutido, ni total ni parcialmente, por ningún otro actor político o social.

Por otro lado, debido a la debilidad de la burguesía durante la construcción nacional de España, hay ciertos elementos que tienen un papel sobredimensionado para los estándares de las democracias burguesas, como son la iglesia, que conserva una imbricación profunda con el poder político, además de los beneficios económicos y fiscales que mantiene el Estado mediante los acuerdos de 1979; el ejército, que si bien no juega el papel del siglo XIX, sus altos mandos tienen fuerte influencia en la dirección del país, sobre todo en lo referente a la política internacional (guerras imperialistas); y la monarquía, como garante simbólico de los valores de la unidad nacional, la estabilidad política y la ligazón con el propio ejército.

ESTRUCTURA DE LA INDUSTRIA ESPAÑOLA.

La Figura 3 permite observar en resumen como se encuentra el tejido industrial en nuestro país. Por un lado, tenemos 4 grandes polos industriales: Madrid, Barcelona, Bilbao y Valencia. En segundo lugar, otras áreas industriales de menor importancia: en la cornisa cantábrica encontramos en Galicia, a Vigo, El Ferrol y A Coruña, en Asturias la triada Avilés-Gijón-Oviedo, y por otro lado Santander, Vitoria y Pamplona; en el Ebro a Zaragoza; en la meseta a Burgos y Valladolid; en el levante sur a Cartagena, Murcia, Elche y Alicante; en Valencia a Almussafes, Sagunto y Castellón; en Catalunya, a Tarragona y toda el área metropolitana de Barcelona); en Andalucía a Málaga, Sevilla, Córdoba, La Carolina y la bahía de Cádiz; y en las Baleares a Palma e Inca y en Canarias a las Palmas de Gran Canaria. Por otro lado, cabe señalar que la cordillera cantábrica se considera un área en declive, proceso que se inició con la reconversión industrial y no se ha revertido, altamente dependiente de sector naval (astilleros) y minero. Y finalmente, hay que destacar el levante (arco mediterráneo), el Valle del Ebro y la comunidad de Madrid y Toledo como ejes dinámicos y de expansión de la industria.



Figura 3. Mapa de la estructura industrial en España

Respecto a las empresas más importantes del país, con mayor facturación y/o número de trabajadores, encontramos por sectores:

- Petrolíferas: Repsol y CEPSA.
- Energéticas: ENDESA, Iberdrola y Gas Natural.
- Automoción: Ford, SEAT y Renault.
- Comercio: Mercadona, Inditex y el Corte Inglés.
- Comunicaciones: Telefónica.

Es remarcable que la mayoría de ellas son antiguas empresas públicas (monopolios estatales) que fueron privatizadas. Asimismo, gran parte de las empresas de este ranking se dedican a actividades productivas y desempeñan un papel estratégico para la economía del país.

Estos monopolios disponen de una gran red de pequeñas y medianas empresas que dedican la mayor parte de su producción y servicios a satisfacer los intereses de las empresas matriz, es decir, que están insertas en las cadenas de producción y distribución monopolísticas. De ello se desprende la gran ligazón e intereses comunes que tienen gran parte de la pequeña y mediana burguesía con la oligarquía financiera. Aunque hay sectores como el sector hostelero y de la restauración o el comercio minorista, en el que la pequeña burguesía tiene una independencia relativa de los monopolios.

Por otro lado, la cantidad de trabajadores por cuenta ajena ha ido aumentando durante los últimos años en términos relativos en comparación con los trabajadores por cuenta propia, que ha ido disminuyendo. En cuanto a los trabajadores por cuenta propia o “autónomos” cabe señalar que muchos de ellos se encuentran en situación ilegal de “falsos autónomos”. Todo esto nos lleva a mencionar que la clase trabajadora está fuertemente concentrada en las mismas cadenas productivas, no sólo en las grandes empresas, sino en las PYMES relacionadas con éstas.

Nuestro país desde el punto de vista capitalista cuenta con algunas debilidades muy importantes. En primer lugar, el peso en la economía de sectores económicos de bajo valor añadido y muy intensivos en mano de obra lastra la competitividad de la economía y por tanto dificulta el desarrollo internacional de las empresas capitalistas, al mismo tiempo si bien el tejido de PYMES español es muy denso, se trata en la mayoría de casos de empresas escasamente capitalizadas, con poco músculo, a su vez hay una extraordinaria disparidad en cuanto a qué se produce y cómo se produce en las distintas regiones de España lo que lastra la unidad de mercado que necesitan los capitalistas españoles. Sin embargo, por parte de distintas patronales, instituciones y propias empresas, se está impulsando, precisamente para potenciar ese valor añadido, que pymes y grandes compañías se sumen a la denominada ‘Revolución 4.0’ o ‘cuarta revolución industrial’ que pretende aumentar su competitividad, innovación y eficiencia mediante diversos procesos como la digitalización o la robotización, entre otros. Con estas mejoras tecnológicas se aumenta también la extracción de plusvalía. Ejemplos muy diversos que pueden ir desde la implantación de la venta online que ha permitido a Inditex ir cerrando tiendas físicas, llevando esto también a pequeñas empresas, o casos más ambiciosos como la tecnología punta en la industria de la automoción. Por último, hay que mencionar que el mix energético español dificulta también la competitividad al ser muy dependiente del petróleo y de sus vaivenes.

ANÁLISIS DE CLASE DE ESPAÑA.

Proletariado.

Definimos al proletariado como a la clase desposeída de todos los medios de producción y que es obligada a vender su fuerza de trabajo a los capitalistas propietarios de los medios de producción. Dentro de esta, encontramos a la clase obrera productiva, generalmente del sector industrial, de logística (almacenes, transporte, distribución) y sector primario (agricultura, minería, etc.) y la clase obrera de otros sectores (restauración, comercio, servicios, construcción, etc.). El proletariado, y concretamente la clase obrera industrial, es la que aporta lo fundamental de la riqueza de la burguesía española, y sigue dando las batallas más duras y capaces de movilizar a todas las capas del pueblo contra el capital.

Tomando como referencia los datos de una ciudad como Valencia, se calcula que un 35-40% de los trabajadores asalariados² son proletarios³, porcentaje que suele ser mayor en los pueblos medianos y pequeños con industria cercana, y menor en zonas rurales o desindustrializadas.

El proletariado tiene en cualquier país tiene capas según lo que su vida se asemeja a la de la pequeña burguesía en cuanto a comodidad por el conjunto de sus condiciones (ingresos, tiempo libre, seguridad...).

En los países imperialistas la concentración de las superganancias y el expolio imperialista, unida a la concentración de las operaciones técnicamente más sofisticadas que exigen un mayor nivel de cualificación de la mano de obra, la capa superior, la que puede vivir de forma pasablemente cómoda, es significativamente mayor que en otros países. En España encontramos a esta capa entre los estibadores, los maquinistas y, con matices, entre sectores veteranos de proletarios de grandes empresas que conservan convenios diferentes a los del resto de la plantilla.

Esta capa no es pequeñoburguesa, es una capa proletaria objetivamente interesada por la revolución, pero es más fácil reclutar individuos para la aristocracia obrera que dirige los sindicatos y los partidos reformistas o socialdemócratas de entre ella. Es a la que más fácil le es seguir conquistando mejoras mediante la lucha sindical y es, por tanto, a quienes más atención prestan "de oficio" los burócratas sindicales.

No obstante, la forma en la que se da el capitalismo en España como potencia de segundo orden lleva a que esta capa, en retroceso en todas las potencias imperialistas, no solo esté numéricamente mermada, sino también bajo acoso y derribo mediante las prejubilaciones, liquidaciones de puestos de trabajo y deslocalizaciones.

El grueso de lo que, durante la "bonanza" económica capitalista de los 90-2000 fue la capa superior del proletariado ha retrocedido tras la crisis de 2008 y para larga duración a una capa media. En las empresas matriz de los monopolios y las grandes empresas del sector industrial/logístico encontramos hoy a obreros que se ven obligados a trabajar largas e intensivas jornadas, con la continua sensación de retroceso e inestabilidad que sus predecesores no vivían desde hace décadas. De entre ellos, surgen jóvenes dispuestos a renovar las estructuras dirigentes de los sindicatos a nivel de empresa y a mostrar un mayor nivel de solidaridad obrera.

Por último, la estructura empresarial de España atomiza al proletariado y lo pone bajo la bota de verdaderos caciques patronales en las pequeñas y medianas empresas proveedoras y

² En España hay alrededor de 19 millones de trabajadores asalariados.

³ Teniendo en cuenta dentro de este grupo las categorías: Trabajadores de los servicios y vendedores de comercios y mercados; Oficiales, operarios y artesanos de artes mecánicas y de otros oficios; Operadores de instalaciones y máquinas y ensambladores; Ocupaciones elementales. Clasificación Internacional Uniforme de Ocupaciones.

distribuidoras de los monopolios. Una capa inferior del proletariado abunda entre los obreros "fijos" de estas empresas en el sector industrial, logístico y comercial, pero también entre los temporales en empresas matriz de los monopolios y en sectores no industriales, de menor fuerza en la lucha obrera. Dentro de este sector, podemos incluir a un grueso de los trabajadores del sector primario, donde hay un elevado número de trabajadores migrantes y en condiciones de informalidad (sin contrato, sin papeles, etc.)

Generalmente el proletariado vive en una paz social tensa, por el terror patronal y la influencia de la aristocracia obrera. Se dan regularmente luchas sindicales a la defensiva con mayor o menor combatividad en todas las capas del proletariado y, en menor medida, luchas a la ofensiva, como la revuelta del metal en Cádiz, que se escapan del control de la aristocracia obrera.

A nivel político, el proletariado en España es mayoritariamente progresista pero desligado, a excepción de su capa superior, de la política parlamentaria burguesa en mucha mayor medida que de la actividad sindical. Sus opciones mayoritarias son la abstención y el voto conformista a la socialdemocracia, Podemos u otras opciones que perciben como "progresistas".

Aunque existen simpatías por el comunismo entre parte de este proletariado, especialmente en el sector industrial, como es natural, esta simpatía es puramente intuitiva y ligada casi por completo a una lectura fundamentalmente económica que ve a los comunistas como una forma más frontal de lucha por los obreros.

Empleados rasos de cuello blanco.

En el capitalismo actual, especialmente en las potencias imperialistas, las ramas no productivas del capitalismo han crecido hasta extremos, de manera que ha crecido toda una capa de asalariados que no participan del sector productivo e incluso no realizan un grueso del trabajo manual, pero se ven reducidos a mantener un trabajo mecánico, con alto grado de disciplina y con un rango raso en la cadena de mando o prácticamente raso.

Encontramos en esta categoría a administrativos de base del sector privado, empleados de supermercados, banca, teleoperadores y otros empleos por el estilo con condiciones fundamentalmente proletarizadas, que lo que ganan en seguridad y comodidad, lo pierden por su precariedad e inestabilidad.

Por otro lado, el sector público sustenta una gran parte del salario indirecto, que los capitalistas intentan reducir al mínimo eficiente, recortando continuamente en presupuesto y exprimiendo al personal, de una manera similar a la que tiene lugar en una fábrica.

Encontramos aquí a enfermeros y auxiliares técnicos sanitarios, empleados de centros de dependencia y otros empleos por el estilo.

También en el sector productivo existen profesiones anteriormente reservadas a la intelligentsia técnica pero que actualmente se han estandarizado al punto de proletarizar casi por completo a sus trabajadores, como pueden ser los trabajos de asistencia técnica y reparación industrial de

maquinaria o los formadores técnicos, donde personas con distinta titulación se ven obligadas a jornadas interminables en condiciones de inseguridad.

Intelligentsia técnica y profesiones pequeñoburguesas asalariadas.

Igual que se generan puestos de trabajo "de cuello blanco" proletarizados, también existen capas asalariadas con un nivel de vida similar al de la capa superior de la clase obrera o al de la pequeña burguesía modesta, sector que, mayoritariamente, se cuenta entre las capas populares.

En el sector productivo encontramos a ingenieros técnicos, especialmente aquellos destinados a labores de campo, programadores industriales, personal de investigación y desarrollo, controladores aéreos, personal técnico naval de abordaje, entre otros. Estos trabajadores, si bien suelen recibir remuneraciones relativamente altas (de manera desigual), son sometidos a altos niveles de estrés, disciplina, arbitrariedad y, en ocasiones, inseguridad (en las profesiones de campo) para poder llevar una vida mayoritariamente solo ligeramente superior a la de un obrero cualificado, y muy inferior a la que cualquier jefe o jefecillo lleva sin esfuerzo.

Una minoría de ellos puede "trepar" hasta posiciones de poder dentro de la empresa, pasando al campo de la burguesía, cosa que es una elección cerrada para la mayoría, no solo por auto limitaciones morales, sino también por incapacidad económica.

Entre estas capas asalariadas medias del pueblo podemos encontrar también a profesionales del sector público que tienen un grado de acomodo considerable, pero forman parte del sector de los servicios públicos, viendo la miseria en su día a día a la vez que, como se ha explicado en el punto anterior, el Estado burgués intenta recortar al máximo sus recursos para disminuir el salario indirecto que reciben los trabajadores. Encontramos en este sector a profesores de educación media, profesorado universitario temporal e indefinido con poca antigüedad y personal médico.

Las capas del funcionariado intermedio con un mayor nivel de retribución o con profesiones más apartadas de las vivencias de las masas entrarían dentro de los asalariados pequeñoburgueses, por tanto, se tratarán en el punto de la pequeña burguesía.

Semiproletariado.

Se trata de autónomos autoempleados (taxistas por cuenta propia, vendedores ambulantes, repartidores, transportistas), pero también la gente que malvive de un trabajo individual atomizado a otro (fontanería, albañilería menor, carpintería, etc.), similarmente a los desempleados. Son un grupo crecientemente numeroso y aliado evidente de la clase obrera.

Según las estadísticas oficiales hay alrededor de 3 millones de autónomos en España, sin embargo, esta cifra incluye a pequeñoburgueses. Por otro lado, muchos semiproletarios trabajan de manera informal, por lo que no hay registros. En definitiva, el número debe rondar esa cifra.

Su tendencia a la agrupación y organización es menor que entre la clase trabajadora debido a su dispersión y sus contradicciones más variadas con el resto de clases. Por tanto, van aguantando la explotación y el dominio de la oligarquía financiera como una olla a presión, hasta que estallan en forma de protesta sectorial, en forma de movilizaciones contra las políticas de vivienda o el coste de la vida, o en forma de disturbios por alguna política que termina siendo la gota que colma el vaso (una oleada represiva, una arbitrariedad del gobierno...).

Aunque, cuando tienen suficiente número, trayectoria y comunicación para superar su dispersión, pueden agruparse en “sindicatos” propios (Sindicato de manteros, Riders x derechos, Asociación Gremial del Taxi, Plataforma nacional por la defensa del transporte).

Sus luchas cotidianas son contra empresas pertenecientes a las cadenas monopolísticas, que intentan explotarlos al exigirles resultados por encima de lo pagado o pretender someterlos a condiciones de trabajo o dependencia económica inaceptables: los riders contra las plataformas de aplicaciones, los taxistas contra las empresas de VTC y los camioneros contra las navieras y matrices logísticas. No obstante, sus grandes explosiones suelen ser presionando al Estado cuando el apoyo de éste a los monopolios se vuelve descarado. Esta denuncia directa contra el Estado nos facilita poder mostrar que está al servicio de la oligarquía financiera, y que no representa los intereses de las clases populares. Esto se agudiza en grandes ciudades con proyección internacional, donde la burocracia capitalista intenta meterlos en cintura por no terminar de encajar con la maquinaria del capital financiero. Suelen luchar aislados cuando luchan por sus propias cuestiones, es decir, hay poca solidaridad hacia ellos desde otros sectores de la población.

El proletariado y el semiproletariado constituyen los sectores más explotados de los barrios. La tendencia reaccionaria del desarrollo urbano afecta especialmente a los semiproletarios, porque los modelos de “ciudad limpia y verde”, donde todo está bajo control de la burocracia Estatal, hace peligrar su sustento.

Pequeña burguesía.

Entre la pequeña burguesía existen diferentes sectores, y muchos están completamente vinculados a la oligarquía financiera, en la medida en que son prácticamente extensiones de los monopolios. En este grupo podemos contar a los gerentes de comercios pertenecientes a una franquicia, a los dueños de oficinas de diseño o reparación vinculados a monopolios, asesorías fiscales especializadas en ayudar a empresas a evadir impuestos, bufetes de abogados para empresas, etc.

También hay sectores de la pequeña burguesía independiente, que son aliados vacilantes de la clase obrera, presentes habitualmente en movimientos interclasistas como el vecinal: dueños de bares, de librerías y otros pequeños comercios o productores de artesanías, agricultores, etc. Estos sectores a menudo abren sus negocios porque es la única opción para tener una vida equiparable a la de un obrero, y viven vapuleados por los grandes monopolios competidores y el Estado que impone sus leyes y estándares difíciles de cumplir, así como especialmente por los bancos que les exprimen con sus préstamos, pero el desarrollo de sus negocios puede llevarles

a contratar a otros trabajadores, cosa que se hace en condiciones de extrema explotación de manera inevitable, y muchos de estos pequeñoburgueses independientes son susceptibles de caer en discursos reaccionarios que les prometan compensar su opresión a base de permitirles explotar con más facilidad a sus trabajadores, ciertas ventajas competitivas o simplemente demagogia contra otros oprimidos como los desempleados, a los que la moral pequeñoburguesa pueda contemplar como indignos de ayuda.

Estas contradicciones con los trabajadores pueden ser variables. Desde una relación de compañerismo, a una relación despótica, dependiendo del sector. Si bien, en ambos casos hay contradicciones e intereses económicos contrapuestos, la relación personal, las aspiraciones y su socialización pueden condicionar cómo se puede comportar este sector en la lucha.

Por otro lado, podemos encontrar a pequeños y medianos propietarios que viven de las rentas de sus propiedades. Estos pueden ser tanto trabajadores o pequeñoburgueses que complementan sus ingresos con estas rentas, o pequeñoburgueses cuya única o principal entrada de ingresos es mediante las rentas.

Los entornos rurales y urbanos menos desarrollados cuentan con una base productiva mucho más débil que las grandes ciudades. En ellas, la concentración productiva genera mayor cantidad de trabajadores autónomos y pequeñas empresas, pero estos sectores se funden en este contexto con las clases sociales antagónicas predominantes y más desarrolladas: el proletariado y la burguesía. Al contrario, fuera de las grandes ciudades, la pequeña burguesía adquiere mayor importancia política y social.

También suelen tener sus propias organizaciones de defensa de sus intereses como ASAJA u otras cooperativas de agricultores en el campo, o asociaciones de comerciantes en los pueblos y ciudades.

Según el barrio y la población, suelen suponer desde un 5% (en un barrio obrero) a un 15% (en un barrio con mayor riqueza) de la población activa.

No podemos terminar este apartado sin hacer una mención a una parte significativa de la sociedad, las profesiones pequeñoburguesas asalariadas del sector público, aquellos funcionarios de grado alto y medio que viven una vida cómoda y relativamente ajena a las masas. En general, el funcionariado tiene su plaza "en propiedad", no puede ser represaliados y cuenta con unas mejores condiciones que el resto de asalariados con tareas similares, para garantizar la estabilidad del Estado.

Cuando este factor se combina con una alta especialización o condiciones de empleo más alejadas de las masas, como pueda ocurrir con el profesorado universitario más veterano (catedráticos), jueces no vinculados a la represión política, inspectores de hacienda y de trabajo, entre otros empleos por el estilo, estamos ante profesiones puramente pequeñoburguesas. Así, como con el resto de la pequeña burguesía, la posición política que muestren se da caso a caso, y por norma general se ha de esperar posiciones moderadas en un sentido u otro, puede que dispuestas a participar de forma titubeante con la lucha de las masas.

Aunque de menor importancia, existe también un sector de pequeña burguesía privada protegida por el Estado que sí tiende a ser más conservadora: dueños de estancos, farmacias y notarías, entre otros.

Oligarquía financiera y el resto de la burguesía.

La oligarquía financiera es la capa superior de la burguesía, es la clase dominante en el capitalismo en su fase imperialista.

En España, la componen tanto los propietarios y directores de los grandes monopolios españoles, como los directores de monopolios extranjeros en España, tanto aquellos totalmente pertenecientes a la oligarquía de otra potencia como aquellos que funcionan sobre la base de antiguos monopolios españoles (Siemens, SEAT, ArcelorMittal, Stadler...).

La oligarquía financiera ata a sus monopolios a las burguesías grandes y medianas, que acceden más o menos plácidamente a integrarse en sus cadenas directa e indirectamente, y son, sin excepciones, enemigos de clase y parte del campo de los monopolios. De hecho, los dueños de estas empresas grandes y medianas son a menudo más identificables por el proletariado que la mayoritariamente anónima oligarquía financiera.

La burguesía media y grande de las naciones oprimidas dentro de España pertenece también a esta categoría de cómplices de la oligarquía financiera, aunque tengan contradicciones más fuertes con ella que se pueden aprovechar para la lucha por la autodeterminación nacional como parte de la lucha revolucionaria.

Los asalariados pequeñoburgueses dentro de las empresas privadas cuyo papel es el de asegurar e intensificar la explotación del resto de la plantilla y cuyos elevados salarios y bonificaciones provienen de los resultados de esta explotación, también forman parte del campo burgués de manera relativamente uniforme. No obstante, hay que tener en cuenta que las cadenas de mando en las empresas modernas son grandes, no todo el que tenga un título de responsable es en realidad partícipe de la explotación, y lo relevante es prestar atención a su papel en las relaciones sociales de producción.

Los más altos cargos del Estado (altos magistrados, cargos gubernamentales, secretarios de Estado y directores de empresas estatales) pertenecen también al campo burgués o son burgueses en sí mismos.

También hay una política relativamente sistemática para tratar de ganar al campo burgués a cargos intermedios del sector estatal. Estos cargos (cargos provinciales y autonómicos temporales de cierta relevancia, directores de grandes centros de trabajo públicos como universidades u hospitales, etc.) aunque son temporales y tienen obligación de negociar con los representantes sindicales, sí se busca que sean atraídos mediante hilos políticos y empresariales a la burguesía, y existen incluso políticas impulsadas desde la UE para afianzar su separación del resto de empleados públicos, como son las Estrategias Universitarias, que buscan que los rectorados funcionen como direcciones de empresas privadas que negocian con otras empresas.

Algo similar se da con los altos funcionarios que pueden formar sus pequeños negocios con sustento público, como ocurre con los institutos tecnológicos, sean o no profesorado universitario sus directores y beneficiarios.

Las fuerzas represivas.

Las fuerzas represivas también se componen de asalariados y tienen capas en su seno, pero el Estado imperialista tiende a aislarlas lo más posible de las masas, y su sustento no proviene de su trabajo, sino de la necesidad del Estado de mantener el orden burgués.

Esta particularidad hace que no formen parte de la clase obrera sino del campo burgués, aunque no sean individualmente burgueses y su procedencia de clase sea obrera.

En España, las fuerzas represivas las componen principalmente los dos cuerpos policiales estatales (GC y CNP), las policías autonómicas donde las hay y las FFAA.

Estos cuerpos están corporativizados y fuertemente ideologizados. Sus organizaciones de representación son ajenas a las del resto de asalariados, sus derechos de expresión están limitados a aquellos que defiendan de manera más o menos agresiva el orden burgués actual o, inclusive, versiones más autoritarias del mismo.

Al encontrarnos en un momento de relativa "calma" política, en que el poder burgués no está en peligro, el papel principal y casi total de la represión lo llevan los cuerpos de policía. El ejército no ha intervenido en la represión de la población prácticamente desde los años 80, excepto en la huelga de controladores aéreos durante el gobierno de Zapatero, y aun en aquel caso lo hizo contra una huelga profundamente impopular entre la población española.

Por el contrario, la policía, especialmente el CNP, con algunas excepciones sonadas donde interviene la GC (como en Euskal Herria), está fuertemente militarizada en su entrenamiento y dotación de recursos, bien pagada y cohesionada entorno a la represión, especialmente cuando esta se da contra grupos de población relativamente pequeños y radicalizados.

En los márgenes de las fuerzas represivas, entre ellas y las capas de empleados pequeñoburguesas conservadoras, encontramos a los cuerpos de policía municipal. Estos cuerpos de policía sí tienen derechos de representación sindical, movilización y participación política fundamentalmente iguales a los de otros empleados públicos, aunque obviamente el control y el sesgo de entrada en su caso son mayores.

En las grandes ciudades su comportamiento suele ser indistinguible en lo esencial al de los cuerpos policiales estatales y autonómicos, actuando como complemento, aunque en municipios medianos y pequeños esto es más variable. En cualquier caso, en la medida en que aplican el orden burgués incluso a personas que se ven empujadas a la criminalidad o que son tratadas como criminales por el Estado sin serlo, como pasa a menudo con la población inmigrante, no es extraño encontrar posiciones ultrarreaccionarias y comportamientos antipopulares en su seno.

Los cuerpos de seguridad privada no forman parte de los cuerpos de represión, aunque no hay que ignorar que tienen derechos jurídicos que amparan a los elementos de entre ellos que quieran actuar como complemento de los policías, y además sus perfiles pueden ser seleccionados por la empresa para actuar de una forma más o menos dura en sus tareas. No obstante, la experiencia de la lucha de masas nos demuestra que generalmente no tienen un papel particularmente antipopular.